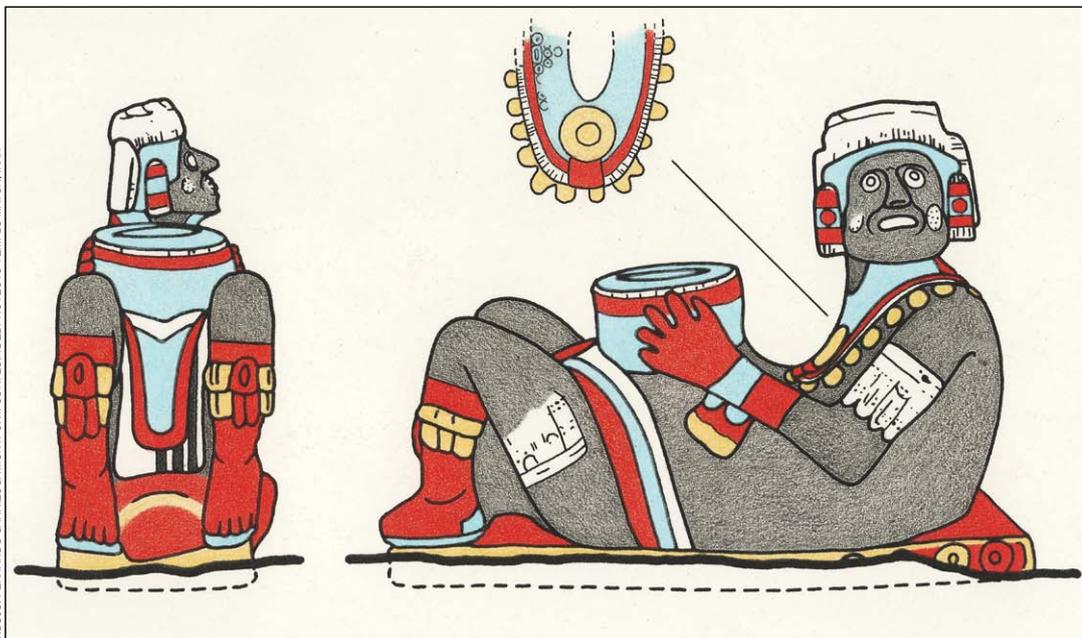


El sacrificio humano entre los mexicas

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN, LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

Los estereotipos son ideas persistentes sobre una realidad específica, comúnmente aceptadas por un grupo social. En muchos casos, se trata de concepciones que simplifican, reducen e incluso caricaturizan fenómenos que por esencia son complejos. Cuando se aplican a sociedades o culturas pueden incluir juicios valorativos, verdaderos o falsos, precisos o ambiguos. Si el estereotipo alude a la propia tradición, generalmente resalta lo positivo, las virtudes y tiende al elogio: los griegos son evocados como filósofos y los romanos como grandes constructores. En cambio, si la apreciación se refiere al otro, es común que enfatice lo negativo, los defectos y denigre: para muchos, los sicilianos son mafiosos por naturaleza, los pigmeos son caníbales y los mexicas fueron crueles sacrificadores.



Piedra sacrificial (*chacmool*) encontrada a la entrada de la capilla del dios de la lluvia. Templo Mayor de Tenochtitlan, etapa II.

Como se verá en este texto, existe toda suerte de testimonios que corroboran que los mexicas tenían al sacrificio humano como una de sus costumbres religiosas más arraigadas. Sin embargo, es evidente que no es ésta la única civilización de la

antigüedad que realizaba holocaustos en honor a sus dioses y que no hay parámetros suficientes para evaluar si los mexicas fueron el pueblo que practicó más ocisiones. En efecto, a partir del estudio de textos sagrados, obras literarias, documentos históricos y,



Cuchillo de sacrificio de pedernal procedente de una ofrenda del Templo Mayor de Tenochtitlan.

FOTO: JORGE PÉREZ DE LARA / RAÍCES

sobre todo, testimonios aportados por la arqueología y la antropología física, los historiadores de la religión han corroborado que la práctica del sacrificio humano fue común en la antigüedad y que se extendió prácticamente por todo el planeta. En muy diversos puntos del continente europeo, por ejemplo, han aparecido evidencias de sacrificio y canibalismo que se remontan al Neolítico y a la Edad de Bronce. Además, está bien documentado que la primera de estas prácticas se prolonga hasta los tiempos de esplendor de las civilizaciones griega y romana. En el caso de África y Asia, el sacrificio también surgió hace varios milenios: sabemos que los faraones egipcios solían inmolarse prisioneros de guerra y que los máximos gobernantes de Ur eran enterrados con sus familiares y su séquito. Otros muchos ejemplos de violencia ritual han sido registrados en la historia de la India, China, Japón y las islas Fidji. Obviamente, el continente americano no fue la excepción. Existen numerosas evidencias arqueológicas e iconográficas de los cruentos holocaustos realizados por la civilización moche de Perú, por muchos pueblos mesoamericanos del área maya, Oaxaca, la Costa del Golfo y Teotihuacan, y por sociedades que habitaron mucho más al norte, incluidos los nativos del Suroeste de los Estados Unidos.

Hubo en el mundo antiguo toda suerte de ocasiones rituales. En el reino nubio de Kerma, compartían la misma fosa sacrificial los cadáveres de hombres, mujeres y niños; en la India, una mujer era decapitada anualmente en honor de la diosa terrestre Kālī; en Cartago, se dedicaban niños al dios Baal cuando había una amenaza militar... Algunos pueblos destacaban por su crueldad, como los japoneses que enterraban vivas a las víctimas que darían fuerza a castillos y puentes; los celtas que las enjaulaban y les prendían fuego, o los dayaks de Borneo que las ejecutaban con agujas de bambú. En fin, muchos pueblos—incluidos los habitantes de Bengala y Dahomey—son célebres por sus inmolaciones multitudinarias, algunas de las cuales se llevaban a cabo todavía en el siglo XIX.

La imagen de los mexicas

Si la práctica del sacrificio humano estuvo tan difundida en el mundo antiguo—incluida Mesoamérica—, cabría preguntarse por qué el estereotipo se aplica casi exclusivamente a los mexicas. Parte de la respuesta se encuentra en los fundamentos ideológicos de este juicio valorativo, el cual fue acuñado desde el momento mismo de la llegada de los españoles al continente americano. Como es sabido, España y Portugal debían justificar ante las demás monarquías europeas el privilegio otorgado por el papa Alejandro VI en 1493 para adueñarse del Nuevo Mundo,



Máscara-cráneo que representa al dios de la muerte, encontrada en una ofrenda del Templo Mayor de Tenochtitlan.

FOTO: JORGE PÉREZ DE LARA / RAÍCES



Imagen del dios de la muerte descubierta en la Casa de las Águilas. Fue bañada con sangre humana de manera semejante a como se muestra en el *Códice Magliabechiano*.

FOTO: JORGE PÉREZ DE LARA / RAÍCES



DIGITALIZACIÓN: RAICES

Imagen del dios de la muerte siendo bañada con sangre humana. *Códice Magliabechiano*, f. 76.

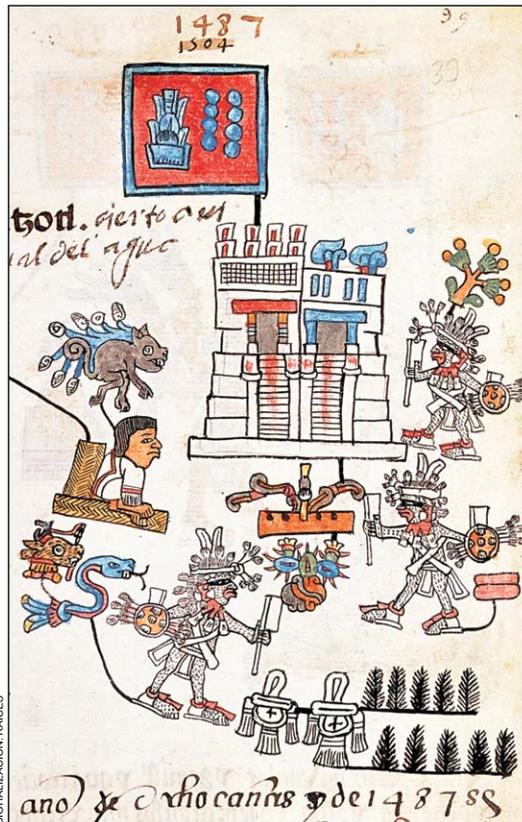
con la obligación de “adoctrinar a los indígenas y habitantes dichos en la fe católica e imponerlos en las buenas costumbres”. Como consecuencia, los españoles se arrogaron el papel de defensores de la cristiandad. Uno de los argumentos centrales que esgrimieron para legitimar sus conquistas fue el hallazgo de una religión autóctona que tenía entre sus prácticas más reprobables el sacrificio humano y el canibalismo. Alegaron que su misión incluía la erradicación por la fuerza de dichas costumbres con el propósito de salvar vidas y almas inocentes.

Desde su arribo a las costas mesoamericanas hasta su ascenso al Altiplano Central de México, los españoles presenciaron múltiples sacrificios humanos realizados por pueblos enemigos, sujetos o aliados de los mexicas. Más adelante, su prolongada estancia en la isla de Tenochtitlan les permitió observar en toda su complejidad las muy variadas ceremonias que tenían como clímax la occisión ritual. Esta experiencia y la trascendencia de la derrota de Tenochtitlan en todo el proceso de conquista, cristalizó el estereotipo que en forma reductiva condenaba a los mexicas como los sacrificadores por excelencia. No resulta extraño que, aprovechando esta imputación de los españoles, los demás pueblos indígenas que fueron conquistados sucesivamente negaran su propia tradición y acusaran a los mexicas como los introductores de estos rituales sangrientos en sus territorios.

Con el paso de los siglos, el estereotipo sobre la crueldad de los mexicas se extendió, adquiriendo nuevos matices tanto en las esferas dominantes como en las populares. En forma paralela, sin embargo, surgieron corrientes ideológicas nacionalistas —primero en la Nueva España del final del periodo colonial y más tarde en el México independiente— que

revaloraron el pasado prehispánico, algunas ocasiones en forma objetiva y en otras cayendo en un estereotipo opuesto.

No es de extrañar que en la actualidad, tanto en México como en el resto del mundo, haya toda una gama de visiones populares sobre este multifacético asunto. En un extremo se encuentran quienes conciben a los mexicas como los máximos sacrificadores de la historia universal. Tal perspectiva se constata con frecuencia en la literatura, las publicaciones de difusión y los documentales de la televisión, donde el tema suele abordarse de manera sensacionalista, como si el sacrificio humano fuera el único aspecto de la cultura mexicana digno de atención. De manera sorprendente, esta visión sigue sirviendo para justificar el brutal proceso de invasión, genocidio, dominio y marginación de los pueblos indígenas mexicanos que ha tenido lugar durante cinco largos siglos. En el extremo contrario y también en forma simplista y maniquea, hay quienes niegan que los mexicas y sus contemporáneos ofrecieran vidas humanas a los dioses. Alegan la invalidez de las fuentes documentales de los siglos XVI y XVII, esgrimiendo que los textos e imágenes que describen los sa-



DIGITALIZACIÓN: RAICES

Sacrificio de cautivos de guerra durante la inauguración del Templo Mayor de Tenochtitlan en 1487 d.C. *Códice Telleriano-Remensis*, f. 39r.



Sacrificio de una mujer que personifica a la diosa de la sal. Fiesta de *tecuilhuitontli*. *Códice Florentino*, lib. II, f. 49r. DIGITALIZACIÓN: RAÍCES

crificios humanos y el canibalismo ritual son obras tergiversadas de los mismos conquistadores y evangelizadores, o de los indígenas conversos y sometidos. Algunos grupos fundamentalistas llegan al punto de idealizar el pasado prehispánico, imaginando sociedades pacíficas, entregadas a la astronomía, las matemáticas, la filosofía y la poesía, y proponiendo la revitalización artificial de sus valores.

Las evidencias del sacrificio humano

Obviamente, existen otras vías mucho más rigurosas para aproximarse a un fenómeno tan complejo y con implicaciones económicas, políticas, religiosas, éticas, etcétera. Entre ellas destacan las ciencias sociales, las cuales ofrecen un marco exento de simplificaciones, basado en evidencias sólidas y heterogéneas. El método científico evalúa objetiva y críticamente las hipótesis y las teorías que intentan explicar las instituciones y los procesos sociales en su contexto histórico y cultural. En el caso específico del sacrificio mexica, hay un buen número de publicaciones científicas, serias y confiables, con orientaciones di-

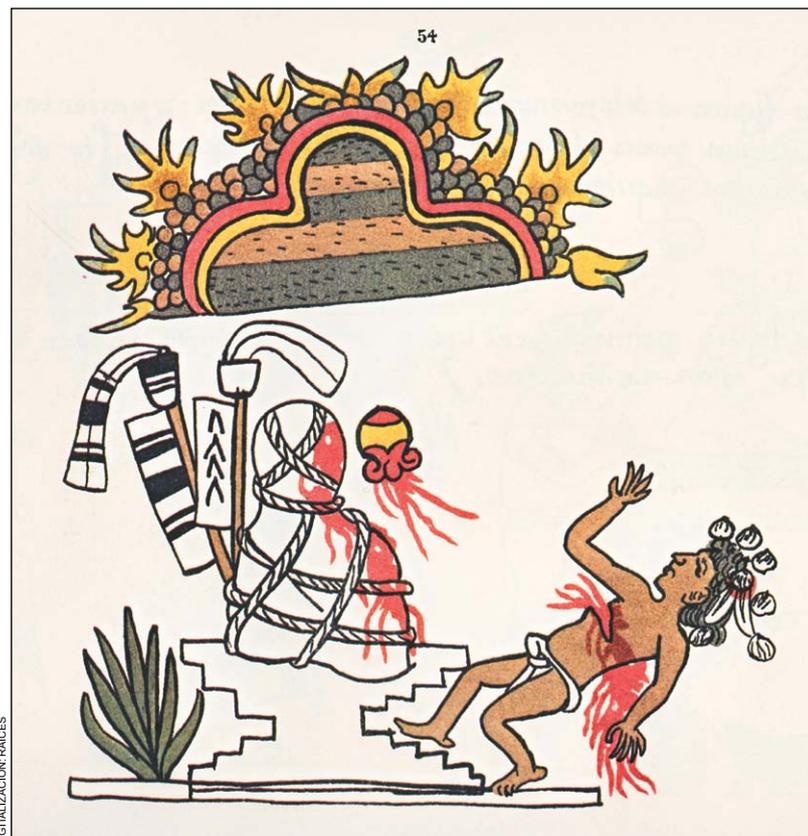
ferentes. Entre los libros editados en México, los Estados Unidos y Europa, podemos recomendar *La flor letal* de Christian Duverger, *Ritual Human Sacrifice in Mesoamerica* coordinado por Elizabeth H. Boone, *El sacrificio humano entre los mexicas* de Yólotl González Torres, *Cuerpo humano e ideología* de Alfredo López Austin, *City of Sacrifice* de David Carrasco, *Le sacrifice humain chez les aztèques* de Michel Graulich, y *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana* coordinado por Leonardo López Luján y Guilhem Olivier. Estas publicaciones se valen mayoritariamente de las fuentes documentales producidas en las primeras décadas del periodo colonial: las pictografías y los textos en náhuatl redactados en caracteres latinos por los indígenas; las relaciones de los conquistadores, testigos presenciales de la vida religiosa de Tenochtitlan, y las descripciones del culto mexica hechas por los frailes misioneros. Las siete publicaciones mencionadas identifican y evalúan las distorsiones de estas fuentes, derivadas del pensamiento y las motivaciones de los autores del siglo XVI. Estos análisis científicos modernos se alejan, por tanto, de una lectura literal e ingenua de la información histórica.

No obstante, es importante señalar que, por más rica que sea la información proporcionada por las fuentes documentales, ésta siempre debe ser contrastada con los datos provenientes de la arqueología y la antropología física. Dado que la mayor parte de los datos históricos relativos al sacrificio mexica se refieren al recinto sagrado de Tenochtitlan, veamos rápidamente cuáles son las evidencias materiales recuperadas en este sitio durante las excavaciones realizadas por el Proyecto Templo Mayor entre 1978 y 2009.

Entre todos los descubrimientos realizados, los *téhcacatl* o piedras que sirvieron de base para efectuar las occisiones rituales son las evidencias más sólidas del sacrificio humano. Dos de ellas fueron exhumadas en la cúspide de una de las etapas más antiguas del Templo Mayor (ca. 1390). Estaban colocadas a la entrada de las dos capillas que resguardaban las imágenes de Huitzilopochtli (dios solar) y Tláloc (dios de la lluvia), en una posición desde la cual eran visibles por la multitud que se congregaba en la base de la pirámide para presenciar las ceremonias. La piedra de Huitzilopochtli era un poliedro liso de basalto que sobresalía 50 cm del piso. La de Tláloc era la imagen de un personificador del dios de la lluvia; estaba recostado sobre su dorso, sujetando encima del vientre un ara cilíndrica, cuya cara superior alcanzaba 51 cm de altura. En ambas piedras, forma y altura aseguraban el cumplimiento de su función como mesas para soportar los cuerpos de las víctimas sobre su región lumbar, y así flexionarlos con el fin de consumir la cardioectomía.



Sacrificio de un niño que personifica a uno de los dioscecillos que asisten al dios de la lluvia. Fiesta de *cuáhuiltl ehua*. *Primeros Memoriales*, f. 250r. DIGITALIZACIÓN: RAICES



Sacrificio de un esclavo durante los funerales de un señor. *Códice Magliabechiano*, f. 54.

De una importancia similar son los cuchillos de sacrificio. Hasta la fecha han sido recuperados poco más de un millar de ejemplares. Estos instrumentos fueron hechos de pedernal, piedra dura, de gran resistencia y susceptible de ser afilada. Los cuchillos son lanceolados y, por lo regular, poseen una punta aguda para permitir la penetración al cuerpo, previa al corte. Un número considerable de ellos tiene una ornamentación que representa seres divinos, lo que los convierte en símbolos personificados del instrumento sacrificial, aunque ineficaces para la realización del rito. Éstos han sido identificados por los especialistas como meros objetos votivos.

Consideremos también los restos mortales de las víctimas que fueron inhumadas por los mexicas en el Templo Mayor y en los edificios aledaños. Si sumamos los datos de cuatro proyectos arqueológicos sucesivos en el área, el total asciende a 126 individuos. De éstos, hay 42 niños —mayoritariamente de sexo masculino y afectados por anemia, parasitismo y enfermedades gastrointestinales— que fueron degollados en honor al dios de la lluvia y un niño más, muerto por cardioectomía y dedicado a Huitzilopochtli. Un segundo grupo está integrado por 47 cabezas de adultos, casi todos hombres, cuyos cráneos y primeras vértebras se encontraron en los principales ejes arquitectónicos de la pirámide. Otro grupo lo conforman tres cráneos con perforaciones en los temporales, lo que indica que proceden del *tzompantli*, edificio donde se exhibían las cabezas trofeo espetadas en estacas de maderas. Mencionemos por último 33 máscaras-cráneo que representaban a Mictlantecuhtli, dios de la muerte; se trata de la porción rostral de los cráneos, adornada con concha y pirita para figurar los ojos, y con cuchillos de sacrificio para simular nariz y lengua.

En fechas recientes, inclusive, han sido identificados restos de fluidos sanguíneos embebidos en imágenes divinas, altares y pisos de estuco. En efecto, gracias a técnicas modernas, se han detectado concentraciones significativas de hierro, albúmina y hemoglobina humana.

Estas y otras evidencias corroboran la información gráfica y textual contenida en las fuentes documentales del siglo XVI, y nos llevan a concluir indubitablemente que el sacrificio humano fue una práctica fundamental de la religión mexicana. Al mismo tiempo ponen de manifiesto que los datos cuantitativos de las fuentes son exorbitantes. Hay una distancia desmesurada entre los restos esqueléticos de 126 individuos hasta ahora encontrados en todas las etapas constructivas del Templo Mayor y 13 edificios aledaños, y las 80 400 víctimas que se mencionan en dos documentos para un solo evento: la inauguración de una ampliación del Templo Mayor



en 1487. A este respecto, es interesante agregar que el mayor número de cadáveres asociados a un edificio religioso del Centro de México haya sido registrado en la ciudad de Teotihuacan, del Clásico, y no en Tenochtitlan. Las excavaciones realizadas en el Templo de Quetzalcóatl por Rubén Cabrera y Saburo Sugiyama dieron a conocer que esta pirámide de 150 d.C. fue consagrada con el sacrificio de al menos 137 individuos, casi todos guerreros. Y en fechas recientes, restos de 37 individuos fueron encontrados en el interior de la Pirámide de la Luna.

Sacrificio y cosmovisión

Para comprender cabalmente el sacrificio humano en la cultura mexica, es necesario analizar los vínculos entre esta práctica y las concepciones prehispánicas del universo, los dioses, el hombre y cada una de las criaturas con las que éste interactuaba en su vida cotidiana. En efecto, el sacrificio humano nos resultará ininteligible si no tomamos en cuenta su ubicación y su ensamble como pieza de ese gran rompecabezas que llamamos cosmovisión. Una percepción simplista del sacrificio como fenómeno aislado producirá condenas fáciles, incluso un repudio inmediato al pueblo practicante. En cambio, una percepción científica irá más allá del enjuiciamiento, puesto que intentará alcanzar explicaciones objetivas y corroborables mediante el estudio de los orígenes y transformaciones de los acontecimientos históricos, de las costumbres y las instituciones religiosas, y de las interrelaciones sociales del sacrificio.

En la milenaria tradición religiosa mesoamericana, el hombre imaginó un universo en el cual se distinguía el espacio-tiempo exclusivo de los dioses (el más allá) del espacio-tiempo creado por éstos para las criaturas (el mundo). Este último estaba ocupado por los seres humanos, los animales, las plantas, los minerales, los meteoros y los astros; pero tam-

bién lo estaba por los dioses y las fuerzas sobrenaturales, cuya presencia se entreviera, invisible, con lo mundano. La divinidad se infiltraba en todas las criaturas tanto para dotarlas de sus características esenciales, como para animarlas, dinamizarlas, transformarlas, deteriorarlas y destruirlas. En otros términos, las criaturas eran concebidas por los mexicas y sus contemporáneos como entidades mixtas, compuestas por sustancias divinas (sutiles, eternas, anteriores a la formación del mundo) y por sustancias terrenales (duras, pesadas, perceptibles, destructibles, que cubrían la divinidad de lo existente).

Los mexicas creían que, en el tiempo primigenio, muchos dioses fueron expulsados de su morada empírea por haber transgredido el orden establecido. Uno de los proscritos, llamado Nanahuatzin, decidió entonces inmolarse en el fuego. Como consecuencia de su valerosa iniciativa, Nanahuatzin bajó al inframundo para de ahí resurgir por el oriente, transformado en la primera criatura: el Sol. De esta manera, se convirtió en el rey del mundo en gestación. Sin embargo, el Sol se negó a recorrer el cielo hasta que todos sus hermanos lo imitaran, aceptando ser sacrificados. Los dioses expulsados no pudieron evitar la muerte, tras la cual descendieron al frío lugar de las tinieblas; allí adquirieron –al igual que el Sol– una cobertura pesada y destructible. Fue así como se convirtieron en cada una de las clases que constituyen los seres mundanos: Pilzintecuhtli originó a los venados, Xólotl a los anfibios llamados *ajolotes*, Yapan a los alacranes oscuros, su esposa Tlahuitzin a los alacranes claros, etcétera. En pocas palabras, por vía del sacrificio los dioses se tornaron en criadores-criaturas. A partir de ese momento, el Sol pudo comenzar su movimiento cotidiano, sucediéndose el día y la noche.

El mundo de las criaturas estaba comunicado con el más allá por medio de múltiples umbrales. Cuando se inició la marcha del Sol, los umbrales permitieron la formación de los ciclos, pues a través de ellos emergían al mundo y se retiraban de él los dioses y las fuerzas sobrenaturales. Un ciclo, por ejemplo, fue el de vida-muerte: al fenecer las criaturas, su sustancia divina se despojaba de la pesada cobertura terrenal. Ésta, ya liberada, se dirigía al inframundo, y allí esperaba una oportunidad para regresar al mundo de las criaturas, dando origen a un nuevo individuo de la misma clase. Otro ciclo fue la sucesión de la temporada de secas y la de lluvias. Otro más fue el del tiempo, conformado por la aparición ordenada de dioses que, con distintos talantes, irrumpían periódicamente sobre la superficie de la tierra y modificaban a su paso todo lo existente.

Los dioses, conforme transitaban y actuaban en el mundo, se fatigaban y perdían paulatinamente su poder. Para recuperar sus fuerzas, debían alimentarse

se. Por dicha razón crearon a los seres humanos, criaturas que estaban obligadas a rendirles culto y darles de comer con ofrendas y sacrificios. El hombre se concebía como un ser privilegiado por su estrecha relación con los dioses, pero al mismo tiempo estaba en deuda con ellos porque éstos lo habían creado. También se sentía obligado porque recibía la energía vital de los frutos surgidos de la Madre Tierra y madurados por el Sol. Su deuda era tal que no bastaban los productos de su trabajo para restituir lo adquirido, sino que debía autosacrificarse para entregar su propia sangre y, al final de su vida, ofrecer los restos de su cuerpo.

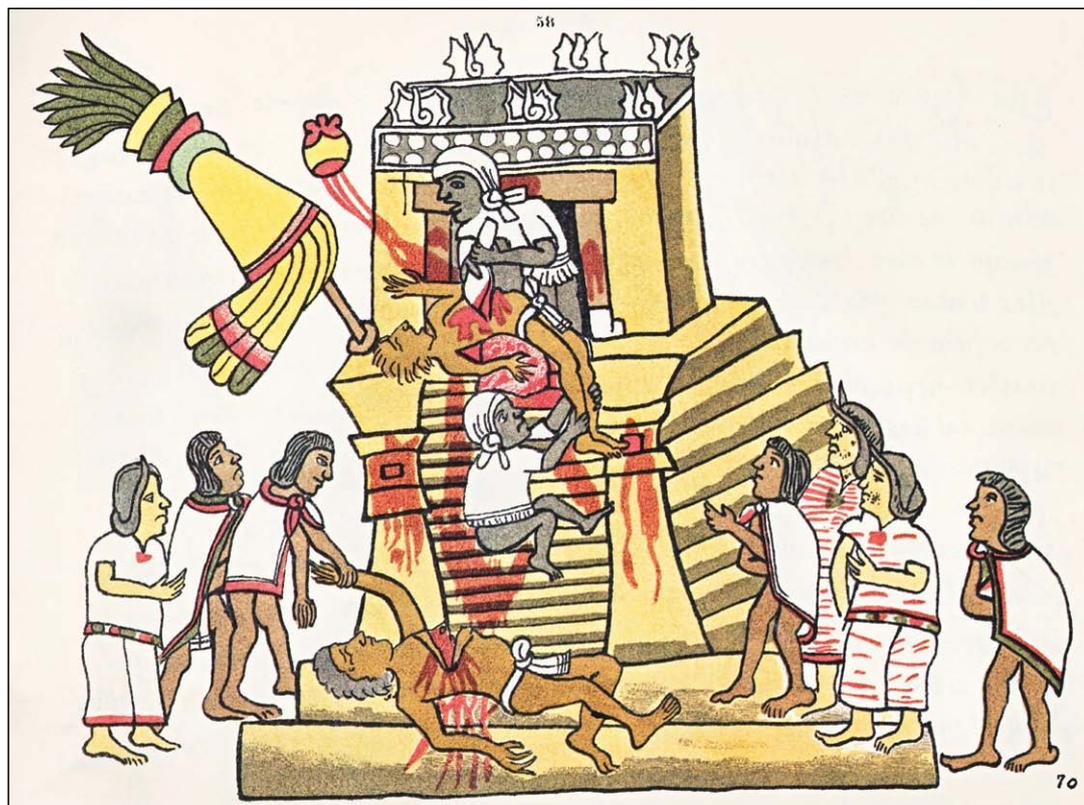
La relación entre seres humanos y dioses era recíproca. Los seres humanos se sentían beneficiarios de los favores divinos en sus diarias faenas y, en general, en todos los momentos importantes de su existencia; recibían con gratitud la lluvia, la fertilidad de la tierra, la salud, su propio poder reproductivo, el éxito en la guerra, etcétera. No obstante, las precipitaciones erráticas, las malas cosechas, las enfermedades y las derrotas militares produjeron la creencia en dioses volubles, muy rigurosos y, en ocasiones, avaros. Por ello, los fieles se veían en la obligación de entregar ofrendas y sacrificios a los dioses para retribuir sus dones, para propiciarlos o para aplacar su ira. Los obsequiaban con el aroma de las flores y el incienso, con el humo del tabaco y las primicias de

las cosechas, y con la sangre y la carne que los reavivaba. Los seres humanos cumplían así con un eterno intercambio, impidiendo que se interrumpieran los ciclos, que cesaran el curso del Sol, el flujo del tiempo, la sucesión de la vida y de la muerte. De esta forma, se hacían partícipes del buen funcionamiento del mundo.

Bajo esta lógica, las víctimas del sacrificio solían tener uno de dos significados principales. Por un lado, se encontraban los llamados *nextlahualtín* o “restituciones”. Estos individuos eran tenidos simple y llanamente como medio de pago, como el alimento máspreciado que podía darse en retribución a las divinidades. Por el otro, estaban los *teteo imixiptlahuan* o “imágenes de los dioses”. Se creía que estas personas eran poseídas por las divinidades para recibir, dentro de ellas, la muerte sacrificial que habían sufrido en el tiempo primigenio. Así, las divinidades desgastadas por su trajín terminaban su propio ciclo sobre la tierra: tras sucumbir ante el filo del cuchillo de pedernal, viajaban a la región de los muertos para recuperar allí sus fuerzas y volver a nacer.

Las dimensiones política y económica del sacrificio

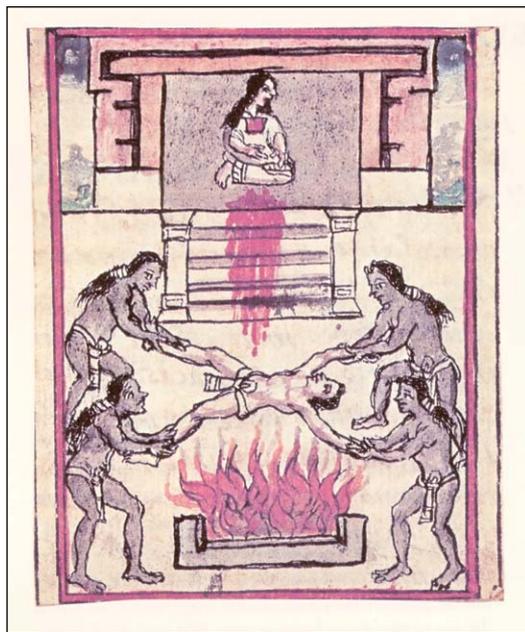
En la tradición ancestral del México antiguo, el hombre acató durante milenios la terrible obligación de mantener el mundo con su propia sangre y la de sus



Sacrificio por extracción de corazón. Códice Magliabechiano, f. 58.

DIGITALIZACIÓN: RAICES

Exposición al fuego de una víctima sacrificial. Durán, *Historia de las Indias...*, "Ritos", cap. XCI.
DIGITALIZACIÓN: RAICES

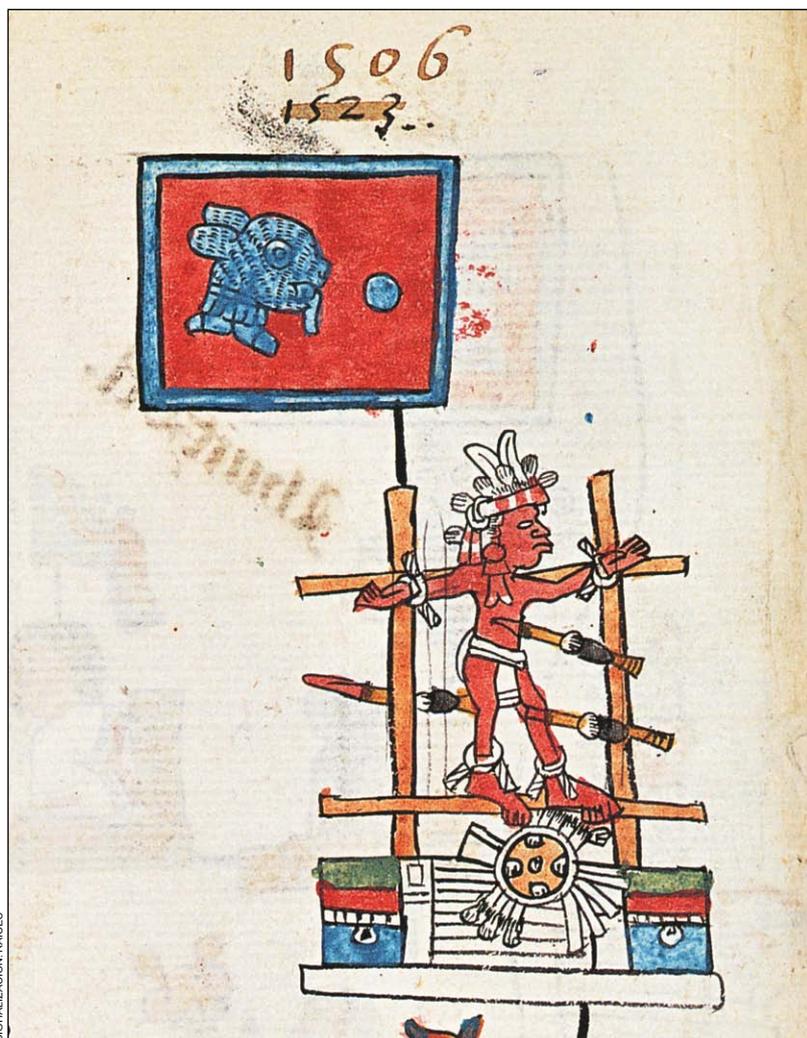


congéneres. Las raíces del sacrificio humano y del canibalismo se hunden profundamente en el tiempo. En el primer caso, las evidencias más antiguas proceden de la cueva de Coxcatlán, en el Valle de Tehuacán, y se remontan a las sociedades de cazadores-recolectores de la fase El Riego (6000-4800 a.C.). En el caso del canibalismo, de acuerdo con Carmen Pijoan y Josefina Mansilla, los testimonios más tempranos fueron recuperados en la aldea de Tlatelcomila, Tetelpan, Distrito Federal, del periodo Preclásico (700-500 a.C.).

Los siglos transcurrieron y, conforme las sociedades mesoamericanas fueron transformándose en extensos señoríos y estados hegemónicos, la occisión ritual se fue haciendo cada vez más compleja. Muy lenta debió de haber sido la transformación de sus principios básicos, con sus prácticas y concepciones devocionales. En contraste, las motivaciones inmediatas de esta práctica se trastocaron en una forma mucho más rápida, al ritmo marcado por cambios políticos y económicos. Es claro que los señoríos y los estados poderosos modificaron el sentido de este rito, intensificaron su ejercicio, y llegaron a utilizar las creencias y el culto como un pretexto para extender su dominio y expoliar a los débiles. Esto aconteció principalmente en los periodos en que varias entidades políticas competían por la supremacía militar. Entre los pueblos que vivieron con más intensidad este afán hegemónico están los toltecas, los mayas de Chichén Itzá, los tarascos y, por supuesto, los mexicas. Estos últimos, a partir de 1430 y durante casi un siglo, se lanzaron a la guerra de conquista que llevó sus fronteras de la costa del Océano Pacífico a las del Golfo de México, y su influencia geopolítica se dejó sentir hasta las fronteras con el actual territorio guatemalteco.

Durante el Posclásico Tardío, la guerra de conquista estuvo sancionada como la vía idónea para que el hombre cumpliera su sagrada misión de perpetuar la existencia del mundo. Bajo esta lógica, los ejércitos mexicas y los de sus aliados emprendían ambiciosas campañas militares, de las cuales debían retornar victoriosos y con abundantes cautivos para las grandes festividades sacrificiales. Dichas festividades tenían como uno de sus propósitos hacer alarde del poderío militar de Tenochtitlan, infundiendo terror entre sus enemigos. Lo anterior explica por qué los señores de los pueblos aliados, sometidos e independientes eran invitados en esas ocasiones a presenciar la muerte de quienes se habían opuesto a la hegemonía mexicana.

Como es sabido, Huitzilopochtli —el dios patrono de los mexicas— tenía un carácter eminentemente solar y guerrero. Su templo principal, la gran pirámide conocida como Coatépetl (“Cerro de las Serpientes”), era considerado no sólo el centro de



Flechamiento de una víctima sacrificial. Códice Telleriano-Remensis, f. 41v.

Tenochtitlan, sino del mundo. En él, en los demás templos que se levantaban en el recinto sagrado y en los de los numerosos barrios de la ciudad, los mexicas inmolaban a sus enemigos con la convicción de que sus acciones los convertían en salvadores de la humanidad. El pueblo sufría en carne propia las consecuencias de la violenta conducción política de sus gobernantes; sin embargo, participaba de esta ideología, inmerso en un clima militarista que, desde la tierna infancia de los individuos, exaltaba la gloria de las armas e inculcaba la devoción a dioses ávidos de sangre. La escuela, el templo y la milicia eran las instituciones que, controladas rígidamente por el gobierno, imprimían los valores de la muerte en cada uno de los súbditos de aquel estado “benefactor”.

Obviamente, los mexicas y sus aliados no fueron los únicos que desarrollaron en aquella época tal mentalidad militarista. Todos los pueblos vecinos compartían dicha visión del mundo, adoraban a los mismos dioses y los honraban con cultos similares. Esto dio origen a la *xochiyáoyotl* o “guerra florida”, peculiar institución creada por los mexicas y sus enemigos del Valle de Puebla-Tlaxcala. La *xochiyáoyotl* se basaba en un pacto de batallas controladas y periódicas, en las cuales los ejércitos contendientes se enfrentaban hasta que uno de ellos solicitaba la tregua. Curiosamente, no había interés de pillaje, ni de dominio territorial, ni de obtención de tributo. Terminado el combate, ambos bandos regresaban a sus capitales llevando como premio los rivales que habían capturado vivos. De esta manera se aprovisionaban regularmente de víctimas sacrificiales. En forma colateral, los mexicas mermaban poco a poco el número de varones de los pueblos del otro lado de las montañas, debilitándolas económica y militarmente. En este contexto, resulta interesante que entre el captor y el cautivo se estableciera una relación de parentesco sagrado, en la que se llamaban respectivamente “padre” e “hijo”. Algunos autores han explicado esta asociación por la necesidad del oferente de entregar a los dioses a alguien de su propia naturaleza, a su verdadero sustituto.

La diversidad de la práctica sacrificial

La estrecha relación entre las guerras de expansión y el sacrificio humano no debe hacernos creer que todos los individuos inmolados ritualmente eran guerreros capturados en batalla. En realidad, los ritos de occisión tenían una amplia gama de víctimas. Dependiendo del tipo de ceremonia que se llevaba a cabo, la liturgia prescribía con rigor el origen, el sexo, la edad y la condición de quienes habrían de morir. Por ejemplo, una mujer de mediana edad y descendiente de una de las principales familias nobiliarias de Tenochtitlan era escogida cada año como

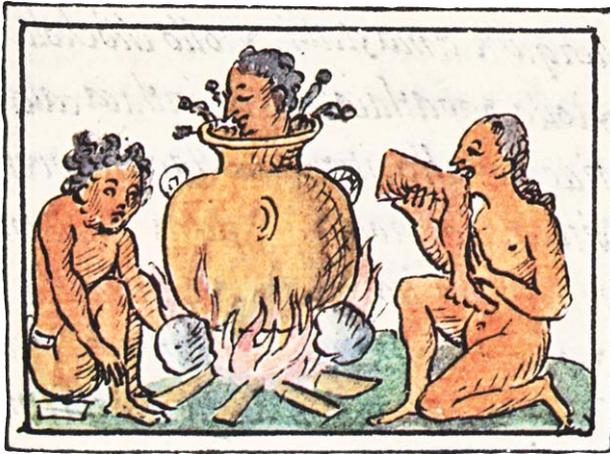


Ceremonia del “rayamiento” o sacrificio gladiatorio. Festividad de *tlacaxipehualiztli*. Durán, *Historia de las Indias...*, “Ritos”, cap. LXXXVII.

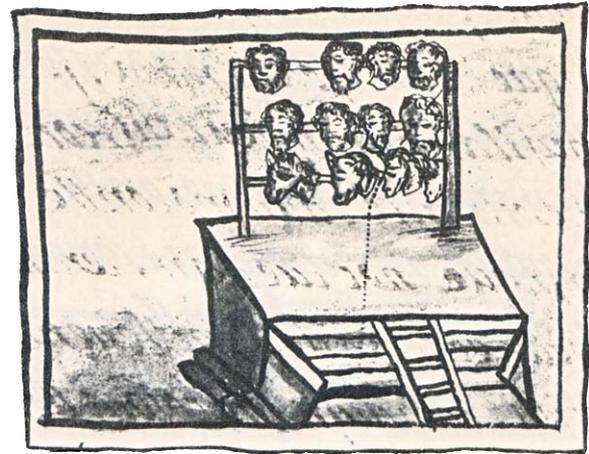
DIGITALIZACIÓN: RAICES

víctima de una de las festividades más importantes del calendario agrícola; los niños con dos remolinos en el cabello y que habían nacido en un signo propicio eran ofrecidos por sus propios padres a los dioses de la lluvia para garantizar las precipitaciones de la próxima temporada; los albinos servían como preciado don para fortalecer al Sol durante los temidos eclipses, y un nutrido grupo de enanos, corcovados y servidores del rey eran sacrificados tras el deceso de éste, con el fin de que lo asistieran en el más allá. Obviamente, no faltaban aquellos cuya devoción los hacía entregarse voluntariamente, como ciertos sacerdotes, músicos y prostitutas. Otro grupo importante estaba constituido por los esclavos. Debemos aclarar, sin embargo, que la esclavitud entre los mexicas y sus vecinos tenía un carácter menos riguroso que, por ejemplo, entre los romanos. En Tenochtitlan, el esclavo era por lo común un deudor sujeto a su acreedor en calidad de sirviente doméstico. Conservaba esta condición hasta que obtenía los recursos para saldar su compromiso. Durante su servicio no podía ser maltratado, ni los derechos sobre él podían ser transferidos a otra persona sin su consentimiento. No obstante, si era indisciplinado y no cumplía con los designios de su amo, podía ser condenado a la condición de “esclavo de collera”; esto significaba que, desde ese momento, podía ser vendido a los comerciantes o a otros grupos de especialistas que deseaban ofrecerlo a los dioses. Con tal fin era bañado ritualmente y, a partir de su purificación, se transformaba en una víctima sacrificial.

En muchas ocasiones, las víctimas acudían a la muerte ataviadas con prendas que las asimilaban simbólicamente a las deidades que personificaban y cuya fuerza creían contener en su cuerpo. Vestidas de esta



Canibalismo ritual. *Códice Florentino*, lib. IV, f. 25r. DIGITALIZACIÓN: RAICES



Cabezas de soldados españoles y de caballos exhibidas como trofeo en el *tzompantli*. *Códice Florentino*, lib. XII, f. 68r. DIGITALIZACIÓN: RAICES

forma, solían reescenificar teatralmente episodios míticos, recreando en el tiempo de los hombres las acciones divinas. Según la ceremonia de que se tratara, la liturgia dictaba la forma de morir y el destino que se daría a los cadáveres. La occisión más común consistía en la extracción del corazón de la víctima, colocada ésta boca arriba sobre un *téhcattl*. Aún se discute si el sacrificador lo lograba penetrando a la caja torácica a través del diafragma, rompiendo el esternón longitudinalmente, haciendo un pequeño corte intercostal en el lado izquierdo del tórax o un largo corte intercostal de lado a lado con ruptura transversal del esternón. En algunas ceremonias, antes de la cardioectomía, la víctima era sometida al fuego de una hoguera, herida con dardos o flechas, o “rayada” con una espada de navajas de obsidiana durante un enfrentamiento gladiatorio. En otras circunstancias se recurría al degüello, la enclaustración en cuevas o cavidades practicadas en un templo, el ahogamiento o la precipitación desde lo alto de un poste. Es posible que los mexicas también acostumbraran procedimientos comunes entre sus contemporáneos, como la opresión extrema del cuerpo con una red, la evisceración y la cocción en baños de vapor. En cuanto al tratamiento del cadáver, se usaba arrojar los cuerpos de los occisos desde lo alto de las pirámides, decapitar, descuartizar, desollar o conservar la cabeza y el fémur como objetos sagrados. En ciertas festividades era practicada la ingestión ritual de la carne de las víctimas, práctica de canibalismo que tenía como propósito la comunión del fiel con el cuerpo que había sido divinizado por medio del sacrificio.

Las ocasiones de los sacrificios también eran muy variadas. La gran mayoría de ellos se hacía dentro del marco calendárico, sobre todo en las 18 veintenenas en que estaba dividido el año de 365 días, aunque tam-

bién se llevaba a cabo en el contexto de otros ciclos, como el de 260 días y el de 52 años. Fuera del calendario se ofrecían individuos con motivo de las contiendas militares, ya sea previamente para evitarlas o ganarlas, o con posterioridad para celebrar la victoria. También se inmolaban numerosos cautivos de guerra para fortalecer y consagrar con su sangre las fundaciones de los edificios religiosos y la inauguración de sus sucesivas ampliaciones. Igualmente, son dignos de mención aquellos ritos destinados a restablecer la seguridad y el orden perdido durante enfermedades, sequías, inundaciones, hambrunas y eclipses.

Reflexión final

Es claro que los fenómenos sociales del pasado remoto, incluidos el sacrificio y el canibalismo, deben verse al margen de las ideologías y los enfoques maniqueos. Tienen que ser analizados científicamente, con objetividad, en todas sus dimensiones y evaluando críticamente el mayor número de evidencias posibles. Solamente así comprenderemos que los mexicas—con sus virtudes y defectos, con sus grandes aportaciones y su violencia ritual exacerbada— fueron tan humanos como todos los pueblos de la antigüedad. ☀

(Este artículo es una versión adaptada al español de nuestro capítulo “Aztec Human Sacrifice”, en *The Aztec World*, Elizabeth M. Brumfiel y Gary M. Feinman (eds.), Nueva York, Abrams/The Field Museum, 2008, pp. 137-152. Agradecemos al Field Museum y a Hilary Hansen Sanders la autorización.)

- Alfredo López Austin. Doctor en historia por la UNAM e investigador emérito del Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Université de Paris-X y profesor-investigador del Museo del Templo Mayor del INAH.

Consúltense la sección “Para leer más...” de este artículo en nuestra página de internet: bibliolopezAustin.html